

# EL REGIONAL

DIARIO DE LUGO

Franqueo concertado

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

₧ 61 789

Sábado 2 de Agosto de 1930

PRECIOS DE ANUNCIOS

En 4.ª plana, 0'15 pesetas línea; en 3.ª id., 0'30; pesetas, ídem id.—Reclamos 0'50 ídem id.—Comunicados y Edictos, 0'50 ídem id.—Noticias una peseta línea.  
A las empresas anunciadoras tarifas convencionales.—Pago adelantado.

En Lugo: un mes, una peseta.  
Provincias: tres meses, 4 ídem.  
Extranjero: tres meses, 8 ídem.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN MARCOS, 7

CON PLUMA AJENA

## La confesión

Yodo Vazlera asistió al entierro de Badon, y las últimas palabras del discurso del delegado de la Prefectura quedaron grabadas en la memoria de los concurrentes. «Ha muerto un hombre honrado».

Monsieur Badon dejó dos hijos: un varón y una hembra. El primero era consejero general, y la segunda estaba casada con el notario M. Polrel.

Después de la fúnebre ceremonia, el hijo, la hija y el yerno regresaron a la casa mortuoria y abrieron el testamento de M. Badon.

M. Polrel, en su calidad de notario, abrió el pliego y leyó lo siguiente:

«Queridos hijos míos: No podría dormir tranquilo el sueño eterno si no os hiciera desde mi tumba una confesión terrible: la confesión de un crimen cuyo recordamiento ha amargado toda mi existencia. Si, hijos míos: he cometido un crimen espantoso, abominable, feo».

Tenía yo entonces 26 años y empezaba mi carrera de abogado en París, donde no conocía a nadie ni tenía amigos ni parientes.

Vé domo completamente aislado, trabé relaciones con una pobre muchacha a quien su trabajo no bastaba para vivir y cuyos padres residían en Poissy.

Durante un año viví tranquilamente con ella, resuelto a abandonarla tan pronto como encontrase una mujer que me gustara lo bastante para pedirle un matrimonio.

Así las cosas, un hijo vino a dar al traste con todos mis proyectos, creándose una situación verdaderamente insostenible y en extremo peligrosa para mi porvenir.

Transcurrió un año, durante el cual pasaba muchas horas fuera de mi casa, que ya no me ofrecía atractivo alguno ni me servía de asilo seguro en las vicisitudes de la existencia, consagrado a mi trabajo y a buscar nuevas relaciones y nuevas amistades.

En una tertulia, a la que asistía solcito, conocí a la que debía ser vuestra madre.

Me enamoré de ella y se despertó en mí el deseo de hacerla mi esposa; pero no tenía más remedio que ocultar la verdad o renunciar a su amor, porque sus padres, personas rígidas y escrupulosas, no me la habrían dado en matrimonio si hubiesen sabido lo que ocurría.

Pasé un mes horrible de angustias y de torturas morales, un mes en que me asaltaron las más espantosas ideas.

Cada día quería más a mi hijo, a aquel pedazo de carne viva que me cerraba el paso, que destruía mi existencia y me arrebatava todas las esperanzas que constituyen el encanto de la juventud.

De repente, la madre de mi compañera cayó enferma, y me quedé solo con el niño.

Estábamos en diciembre y hacía un frío terrible. ¡Qué noche, Dios mío, qué noche! Después de comer entré en el cuarto donde el niño dormía tranquilamente.

Me senté en una butaca ante la chimenea, y entonces mi obsesión penetró de nuevo en mi cerebro, royéndome como royan las ideas fijas, como el cáncer debe de roer las carnes.

Me devoraba como una fiera, sin que yo pudiese impedir sus brutales acometidas.

Quería rechazarla a toda costa y abrir mi pensamiento a otras cosas, como se abre una ventana para que entre el viento fresco de la mañana y salga el aire viciado de la noche; pero no podía hacerla desaparecer ni por un segundo de mi imaginación.

¿Cómo salir de aquella situación? ¿Cómo retroceder y cómo confesar?

Y os declaro que amaba a la que había de ser vuestra madre con una pasión loca, exasperada por los obstáculos que se me presentaban.

En aquel momento estaba ciego y con la razón perdida por completo.

El niño dormía con la boca abierta, envuelto entre dos mantas y en su cuna, situada junto a mi lecho.

Me levanté y le miré dormir.

¿Cómo llevé a cabo lo que hice? Lo ignoro en absoluto. ¿Qué fuerza me arrastró, qué mágica influencia se había apoderado de todo mi ser?

Dominado por una especie de alucinación en que el hombre no tiene con-

ciencia de sus actos ni ejerce la dirección de su voluntad, desabrigué a mi hijo, al que dejé completamente desnudo.

La criatura no se despertó inmediatamente me dirigí a la ventana y la abrí de par en par.

Un soplo de aire helado entró en aquel momento, como hubiera podido entrar un asesino.

Y permanecí de pie junto a la ventana, no atreviéndome a volverme, como para no ver lo que pasaba tras de mí.

La terrible escena duró mucho tiempo. De repente un tonos que me llenó de terror y me produjo un escalofrío que me hizo estremecer de pies a cabeza.

Cerré bruscamente la ventana y corrí hacia la cuna.

El niño seguía durmiendo con la boca abierta y desnudo.

Le toqué los pies, que estaban helados, y se los cubrí con un abrigo, volviendo luego a envolver en sus mantas todo el cuerpo de mi hijo.

Me compadecí de aquel pobre, ser inocente a quien había querido yo matar; le besé repetidas veces y volví a sentarme ante la chimenea.

Pensé con horror en lo que había hecho, y trataba de inquirir de dónde proceden esas tempestades del alma en que el hombre pierde toda noción de las cosas, toda autoridad sobre sí mismo, y obra sin saber lo que hace, sin saber adónde va, como un buque en medio de un huracán.

El niño volvió a toser, y yo me sentí herido en el corazón.

Me levanté para ir a contemplarle, y me incliné sobre su pecho. Al notar que respiraba con sosiego, me tranquilicé un tanto; pero al oírle toser por tercera vez inundé mi frente en copioso sudor y retrocedí asustado.

A fin se despertó con los ojos encendidos y la garganta oprimida.

Amaneció y le llamé a un médico, el cual, después de haberlo examinado, me dijo:

—¿Ha tenido frío esa criatura?

—No, señor; supongo que no.

Después le pregunté:

—¿Y qué opina usted, doctor? ¿Es grave el caso?

—No lo sé. Veremos esta tarde.

El niño pasó todo el día atargado y tosando sin cesar.

Al verle, el médico declaró que mi hijo tenía una pulmonía aguda.

La infeliz criatura murió a los pocos días.

Y desde aquel momento no he pasado ni una hora sin que el recuerdo de mi crimen dejara de atormentarme de un modo implacable y atroz.

¡Ah! ¡Si hubiese podido volverme loco!

Los tres herederos del difunto se miraron sin decir una palabra pálidos, inmóviles.

Al cabo de un minuto, el notario exclamó:

—Es preciso destruir todo esto.

Los otros dos bajaron la cabeza en señal de asentimiento, y M. Polrel encendió una vela y separó las páginas que contenían la peligrosa confesión de las páginas en que se hallaban las disposiciones testamentarias, quemándolas y arrojándolas luego a la lumbre que ardía junto a ellos.

Los tres herederos permanecieron largo rato contemplando el espectáculo de aquella cremación, como temerosos de que el secreto de M. Badon se escapara del fondo mismo de la chimenea.

GUY DE MAUPASSANT.

UN LIBRO SOBRE ESPAÑA

Como corresponde un diplomático a nuestra cortesía

A lo que parece, D. Mario García Kihy ha escrito un libro en el que abundan los conceptos despectivos para España. No lo hemos leído porque de la literatura de diplomáticos sólo nos interesa la del marqués de Villaurrutia, precisamente porque se olvida de que lo fue cuando escribía.

Ni ahora que sabemos que el señor Kihy se permite adjetivar injuriosamente las cualidades de la raza hispánica, creemos en la tentación de leer su obra. Hace tiempo que venimos guardando el secreto de la vacuidad del señor Kihy, lea gracia a su representación oficial, y no puede ser de nuestra competencia la garrulería que le distingue.

Harto cansada está nuestra atención para acabar de rendirle haciendo las buscas ideas en el peligroso terreno del valor, que es por donde navegan siempre las palabras de este gran orador a quien el fino espíritu de un humorista de allende el mar apellidó el Gamella cubano.

Que el señor Kihy corresponda a nuestra hidalga cortesía con tanta ingratitude, no puede extrañarnos. Hemos extremado demasiado nuestras atenciones, le hemos prodigado demasiadas atenciones para que quisiera formar buen concepto de nuestra discreción.

Porque el señor Kihy sabe que, lo mismo que es un apizaco pronunciando un discurso que no se haya aprendido de memoria, su personalidad no es tan relevante que merezca el pedestal que

nuestra benevolencia le ha levantado.

Si cada vez que recitó una de esas dilatadas oraciones, enalteciendo las virtudes de la Raza, le hubiéramos señalado las coincidencias de expresión y conceptos con otros discursos memorables de españoles eminentes, que ganaron la inmortalidad con su mágico verbo, de seguro que el señor Kihy nos creería más cultos y virtuosos.

Como le aplaudimos con fingido frenesí, haciéndonos los olvidadizos, para que circulara la especie de que era un orador maravilloso, se ha creído obligado a sentirse genial, por si esta fobia pudiera ser colizable en su país para fines presidencillistas, porque el señor Kihy —y de ello tenemos la culpa todos los que hemos fomentado su vanidad— en su ambición vuela tan alto como un cóndor de los Andes. Y en verdad lo sentimos, porque, para que siempre le fuera grato el recuerdo de España, pensábamos decirle, como despedida, que su palabra era tan caudalosa como el Océano y más dulce que la caña. ¡Qué le vamos a hacer!

Guardaremos el recuerdo para cuando veaga otro asistente menos ingrato. Porque, aunque la experiencia nos incline a la prevención, no por eso hemos de regatear nuestra cortesía a las representaciones extranjeras. En España somos así: entecos, pero bien educados.

(El Imparcial)

## Leyendo periódicos

En el laboratorio de higiene de las oficinas de Sanidad, en los Estados Unidos, se quiso averiguar, si la cebolla pertenece a aquellos productos alimenticios que pueden contribuir a la curación de la terrible enfermedad «pellagra».

A ese fin se hicieron ensayos con perros, que si bien no estaban atacados de la «pellagra», padecían otra enfermedad muy análoga, dándoles de comer cebollas.

Los experimentos llevaron a un sorprendente resultado.

Pudo confirmarse que la cebolla, cruda o cocida en una proporción de más de siete gramos por libra del peso del cuerpo, produjo en los animales una gran anemia.

La cebolla en menores proporciones produjo también anemia con un grado más inferior, que fué ascendiendo a medida que la cantidad de cebollas se iba aumentando.

Una cebolla pequeña fresca pesa aproximadamente 14 gramos, un perro corriente, por ejemplo un foxterrier, pesa de 30 a 40 libras; en consecuen-

cia, la cantidad máxima de cebolla que se le puede dar es de 15 a 20 cebollas.

Según dicen de Washington hace unos días dos muchachas de la buena sociedad de dicha capital, disfrazadas de guardias marinas, se metieron en la Academia Naval de los Estados Unidos y asistieron, confundidas entre los demás guardias marinas, al reparto del rancho, del cual participaron sin despertar sospechas.

Sin embargo, no se sabe cómo las autoridades de la Academia tuvieron conocimiento de lo sucedido, e inmediatamente se dieron órdenes para que los guardias marinas femeninos quedaran encerrados dentro de los terrenos que pertenecen a la Academia Naval.

En la Silesia Superior se ha registrado un caso de cambio de sexo que ha causado profunda sensación en toda la comarca.

Una mujer llamada Marta Slonczek, nacida en Tarnow-ky Gory en 1889, ha solicitado permiso para ser reconocida como hombre y cambiar su nombre por el de Juan.

El Tribunal de Justicia, que se ha hecho cargo de este caso, ha autorizado el cambio de sexo de Marta Slonczek.

El hecho ha causado verdadero asombro en Tarnowky Gory, porque nadie podía sospechar que Marta fuese un hombre.

Desde que Marta cumplió los 16 años se apartó cada vez más del trato de los muchachos.

Nunca quería que la sacasen a bailar y se negaba a pasear con ningún joven de su edad. La gente creía que Marta era tímida y vergonzosa. Pero los años transcurrieron sin que la joven, que era muy gentil, mostrase inclinación por ninguno de los varios muchachos que solicitaron su mano.

Ultimamente Marta hizo gran amistad con otra muchacha del pueblo de gran belleza, que tampoco parecía tener mucha prisa en contraer matrimonio.

Poco después se supo que Marta había solicitado ser reconocida como hombre, y que en este sentido había presentado la demanda judicial a que se alude.

Gestiones de D. Santiago Alba

## Una opinión sobre los revolucionarios improvisados

De Gijón transmiten la noticia de haber recibido allí determinada persona

BIBLIOTECA DE EL REGIONAL 587

590

GABRIELA

Fueron conducidas a la cárcel e incomunicadas.

El jefe de Policía mandó hacer al comisario el inventario de los efectos que quedaban en las dos casas que se comunicaban entre sí, le dejó encargado de todo, se volvió a la J. f. política, se metió en el despacho del jefe y le entregó todas las cosas que habían encontrado en las dos casas, dándole parte circunstanciada, y suponiendo que él, por medio de sus exoresos, había logrado, al fin, capturar al terrible bandido, a quien se suponía autor del robo y del asesinato cometido en casa de la condesa de la Riva.

El jefe pasó el tanto de culpa al juez de primera instancia del Centro.

Cuando este recibió el tanto de culpa, lefa el manuscrito que se había encontrado en la cárcel en el bolsillo de Damiana Perdigones.

—¡Oh! decía el juez; he aquí uno de esos rarísimos negocios que acreditan a un juez; aquí hay materia para llegar a una sentencia de muerte: es necesario obrar y obrar con rapidez.

Y tiró del cordón de una campanilla.

—A don Cosme que venga al momento—dijo cuando se presentó un criado.

Don Cosme era el secretario del juez. Un hombre rechoncho, como de cincuenta años, travieso, de fisonomía asuta, y que siempre estaba sonriendo, pero con una sonrisa que daba frío.

A la media hora se presentó al juez.

—Don Cosme—le dijo éste—, extienda usted auto de prisión contra el excelentísimo señor conde Amécua.

Don Cosme, sin meterse en comentarios, extendió el auto.

El juez lo firmó.

—Cítese al momento al Juzgado para un asunto de gran importancia al excelentísimo señor conde de Amécua, y que se tomen las medidas oportunas por

había determinado mudarme. Estas son cosas del artículo, que es un pobre hombre.

—¿Y qué indicios tiene usted de que esta mujer es una bribona?—preguntó, como quien se cae, el jefe.

—Que anoche me estuvo sonsacando, y me ofreció alhajas muy ricas, y aunque yo me incomodé, esta mañana me enseñó otra alhaja: una cruz de brillantes.

—¡Una cruz!—exclamó don Hilarión—; ¿y dónde está esa cruz?

—Esa cruz la tengo yo, porque esa cruz ha sido robada a Gabriela, la joven prohibida por Holofernes, y Holofernes me dijo cuando se la enseñé que la guardara y que le dijera a esta mujer que él me la compraría, porque lo que quería Holofernes era por la cruz coger otras cosas que importaban más.

—Vámonos esa cruz—dijo el jefe.

Pepa sacó el estuche de un bolsillo de su vestido y lo entregó al jefe.

—¡Oh! Es magnífica, aunque más grande, a la moda del siglo pasado, de las que se ponían al cuello pendientes de una cinta. Creo—añadió el jefe, apartando a un lado a don Hilarión—que conviene no entablar ninguna acción judicial sobre este robo. No sé por qué he oído aquí misterios.

—Sí, señor; sí, conviene el secreto, conviene que estas jóvenes queden libres.

—Bien, bien, amigo mío—contestó el jefe—; tome usted esa cruz y guárdela con los otros objetos; que se preparen a salir estas niñas y que se lleven su equipaje. Esta casa, como la otra, va a ser intervenida.

Una sola palabra—dijo don Hilarión—para que yo acabe de tranquilizarme; ¿es necesario que yo figure como causa de descubrimiento en estos robos?

—No, señor; de ningún modo, yo daré el parte diciéndole que uno de mis agentes me dió los datos necesarios para prender al famoso Perdigones, sobre el que se recalan sospechas de ser uno de los autores del robo